

Rubén Gozalo Ledesma

Mondragón, 1978

Primer Premio

Rubén Gozalo Ledesma (Mondragón, 1978) es Licenciado en Periodismo y en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Pontificia de Salamanca (UPSA), ha ganado entre otros el III Premio de Relato Corto "Una historia con Renault" de *El Norte de Castilla* (2013), el V Certamen Hipatia de Alexandria de Literatura Breve (2013), el V Concurso Internacional de Relato Breve Noches del BV80 (2013), y obtuvo un accésit en el XXVI Concurso Internacional de Relatos Policiacos de la Semana Negra de Gijón (2013). Cuenta con más de una treintena de publicaciones en diferentes antologías.

LA FUENTE DE LA SABIDURÍA

*Quod natura non dat,
Salmantica non praestat.*
(Proverbio latino)

Lo primero que sintió Julia al entrar en aquel desangelado cuchitril a las afueras de la ciudad fue un escalofrío. En el techo había goteras y la humedad se filtraba por las paredes. Olía a moho y a basura. Se fijó en un par de cubos que impedían que el agua llegase al suelo. Las gotas repiqueteaban con fuerza, igual que el incesante llanto de un bebé. El hombre la estudió con minuciosidad. Sus ojos parecían dos gotas de aceite y en su mirada advirtió algo oscuro, siniestro. Su semblante se encontraba poblado de cicatrices, tenía una verruga bajo el mentón y su pelo era una ingobernable madeja de hebras blancas. Llevaba una bata sucia y, con el índice y el pulgar de la mano izquierda, sostenía un cigarrillo. Las volutas se dispersaban por la habitación como una envolvente niebla.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Julia asintió con la cabeza y, al girar el cuello, reparó en el material quirúrgico que poblaba los anaqueles de una curvada estantería. Experimentó repugnancia al contemplar los fetos conservados en formol dentro de los botes de cristal. Durante unos instantes le entraron ganas de correr y huir de allí. Pero debía hacerlo. No quedaba otra opción. Era ilegal y lo sabía. Aquella era su única oportunidad.

—Desde luego.

Abrió su bolso de piel, extrajo un sobre de color mostaza y se lo extendió al hombre. Él lo rasgó y se puso a contar el dinero. Cuando terminó, le pidió que se tumbase en una destartalada camilla. Ella notó las arcadas en su garganta, el acero rasgando su boca. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse. Escuchó el ruido de un grifo e imaginó que el hombre estaba lavándose las manos.

Todo comenzó unos meses atrás durante la asignatura de *Ética Industrial*:

—¿Creen que el fin justifica los medios? —preguntó la profesora en voz alta durante la clase.

Nadie movió un músculo. El silencio se adueñó de todos los rincones del aula. Julia apretó los codos en el pupitre, se mordió la lengua, agachó la cabeza y centró su atención en el pliego de fotocopias. La profesora se dirigió a ella y le pidió que respondiera a la pregunta.

—Depende. Si el fin es noble...

—¡Ah, sí! Póngame un ejemplo, por favor.

—Imaginemos que en México DF una banda de narcotraficantes secuestran a varios niños y piden un rescate desorbitado. En caso de que las familias no consigan reunir el dinero, los pequeños morirán. ¿Acaso no haríamos cualquier cosa por salvarles la vida? ¿Incluso si hubiese que atracar un banco o robar una joyería, no lo haríamos?

—Ya pero, ¿y si para salvar a esas criaturas tuviera que asesinar a otra persona, lo haría?

—Por supuesto.

Julia atravesaba una mala racha. Sus notas se habían resentido en las últimas semanas y en el examen de *Sistemas y equipos de aeronaves* coqueteó por primera vez con el suspenso. Sabía que en cualquier momento podía perder su beca. Y entonces su vida dejaría de tener sentido. Un tropiezo era impensable. Aquella universidad solo admitía a las mentes más brillantes del país. Los alumnos con expedientes mediocres tenían vetado el acceso. Únicamente los estudiantes de Yenriks estaban capacitados para hacer grandes cosas. Y Julia figuraba entre los elegidos, pero en los últimos tiempos sus calificaciones indicaban lo contrario. Así se lo manifestó su tutor:

—O mejoras, o mucho me temo que otra persona ocupará tu lugar.

Ella desconocía a qué se debía aquella crisis. Lo achacó al estrés y a tantas horas diarias dedicadas al estudio. Apenas dormía. La biblioteca se había convertido en su segunda casa, se pasaba las horas muertas reelaborando los apuntes y diseñando mapas conceptuales. Aun así, le costaba asimilar los términos y comprender los temas. Había noches en que estaba exhausta.

Para tratar de solucionar aquellas deficiencias cognitivas comenzó a tomar *Modafinilo* y otros estimulantes como el *Ritalin*, drogas que maximizaban la capacidad de aprendizaje y eran prescritas para tratar a niños hiperactivos. A pesar de ello, no se sintió más despierta ni mejoró su rendimiento. Tampoco le hicieron nada las drogas inteligentes. Se suponía que los nootrópicos estimularían su memoria y potenciarían la cognición, la inteligencia y la motivación. Pero no ocurrió nada de eso. Cada día se sentía más cansada y deprimida.

—Conozco a alguien que te puede ayudar —le confesó Beatriz, su mejor amiga—. Es un tipo que conoce a otro tipo, que a su vez conoce a un tercero que puede solucionar tu problema. Te dejo su teléfono. Cobra siete mil euros.

Durante semanas Julia estuvo sopesando sus opciones. Y ahora estaba allí, tumbada bocarriba escuchando el repiquetear de las goteras.

—Es una operación muy sencilla —dijo el hombre—. El chip se coloca en la parte inferior del cráneo y estimula las neuronas. Con este implante podrás usar el 100% de tu cerebro. Los resultados son increíbles. Con algo así, una persona se convierte en un superdotado, consigue

enfocar sus pensamientos y sacar el máximo partido a su inteligencia. Los humanos solo utilizan el 20% de las capacidades de su cerebro. Antes de que comience me gustaría dejar las cosas claras. Si te cogen, tú nunca has estado aquí y no me conoces, ¿lo comprendes, verdad?

Una película de sudor se deslizó por la frente de Julia y la camisa se le adhirió al cuerpo, como una segunda piel en cuanto oyó el sonido de un taladro. Cerró los ojos, apretó los dientes y permitió que aquel cirujano clandestino hiciese su trabajo.

A partir de entonces su vida cambió por completo. Memorizaba con una asombrosa facilidad los textos, asimilaba las lecciones a la velocidad de la luz, entendía los problemas y resolvía los ejercicios sin ni siquiera despeinarse. Pronto empezó a tener una gran confianza en sí misma. Lo que antes le costaba aprender multitud de horas, ahora su mente lo absorbía en tan solo unos minutos. En las clases ya no tenía déficits de atención y algunos días se permitía el lujo de no asistir. Su mente parecía más lúcida que nunca.

—Un examen perfecto —le dijo el profesor de *Diseño y construcción de estructuras aeronáuticas* cuando le entregó un par de folios con las respuestas durante el segundo semestre.

Julia miró de reojo a Beatriz y ambas esbozaron una sonrisa cómplice. Aquel implante le permitía ver las cosas desde otra perspectiva. En ocasiones podía realizar hasta diez tareas diferentes a la vez, sin perder la concentración. Su cabeza funcionaba a un ritmo vertiginoso. En apenas unos meses su expediente académico se pobló de matrículas de honor.

—¡Enhorabuena, señorita! —le felicitó el decano durante la cena de navidad.

El implante despertó en ella una inagotable sed de conocimiento. Leía cuanto llegaba a sus manos y se interesaba por temas que hasta entonces nunca habían suscitado su atención. Una noche reparó en que, si se lo proponía, podía sacar tres cursos en un mismo año.

—Deberías tomártelo con calma —le confesó Beatriz.

—¿A qué te refieres?

—Estás levantando sospechas. De la noche a la mañana te has convertido en la alumna con

mejor expediente que ha pasado por esta universidad. Si continúas así, lo único que conseguirás será que nos cojan. En caso de que nos hagan un reconocimiento médico, iremos a la cárcel. Nos podrían caer de diez a quince años. No tenemos que ser brillantes. Con estar entre los diez o quince primeros alumnos de la facultad será suficiente. ¡Ah, se me olvidaba! Cuando te laves el pelo usa este champú.

—¿Qué es? —preguntó sosteniendo un pequeño bote de cristal.

—Simple precaución. Existen escáneres que detectan los implantes. Sin embargo, si te echas esto en la cabeza, conseguirás engañar a los detectores. Posee una sustancia química que los inutiliza.

Notó a Beatriz cansada. Unas bolsas grises se apilaban bajo sus ojos. Las arrugas surcaban su semblante igual que cerros labrados en la tierra y parecía haber envejecido diez años de golpe.

—¿Te encuentras bien?

—Sí claro, ¿por?

—Estás sangrando —dijo Julia mientras señalaba un hilo rojo que emergía de sus fosas nasales y se deslizaba por el mentón.

Decidió ser más prudente. Quizás su compañera tuviese razón. No convenía levantar suspicacias. A veces, en los exámenes, dejaba alguna pregunta sin responder o contestaba mal a propósito. Aun así, su nota media en las asignaturas no bajó del sobresaliente.

Una tarde, un compañero de clase le pidió si le podía ayudar con un trabajo de Ingeniería legal. El chico se llamaba Andrés, era algo tímido y desde hacía un tiempo le había echado el ojo. Su sonrisa y su mirada azul no le pasaron inadvertidas.

—Envidio tu inteligencia —le confesó, después de que le explicase cómo calculaba las relaciones de presiones en las turbinas.

A Julia se le erizó la piel y durante unos instantes estuvo a punto de decirle la verdad. Sin embargo, no le conocía lo suficiente como para abrirle de par en par las puertas de su corazón. Ella sabía que no competía en igualdad de condiciones con el resto de estudiantes. Aun así, no le importaba y tampoco sentía remordimientos. Quería obtener el título de ingeniería aeronáutica a toda costa.

—No, no soy una persona inteligente. La clave está en el esfuerzo y en el trabajo. Ahí radica todo —le dijo.

Era una mentira con la que salir del paso. Luego deslizó las yemas de sus dedos por el semblante de Andrés y le besó con dulzura en los labios.

Se enteró de la fatídica noticia unas horas más tarde. Encontraron a Beatriz muerta en su apartamento. Durante varios días, Julia estuvo tirándose de los pelos. Se preguntaba si el forense habría encontrado el implante. Se estremeció con la posibilidad de que iniciasen una investigación. Su futuro se hallaba en juego. Solo faltaba un mes para el examen final de licenciatura.

No obstante, a pesar de su preocupación, no ocurrió nada. Todo siguió igual. Se celebró el entierro y durante la misa, Julia pronunció un emotivo discurso. Ensalzó a su amiga y no pudo contener las lágrimas.

Para olvidar a Beatriz, trató de centrarse aún más en los estudios. Se encerró en su cuarto e hincó los codos durante cuatro semanas seguidas. Y al fin, una tarde, llegó el día D. La prueba donde debía demostrar todos los conocimientos adquiridos durante los últimos cinco años.

Esto está chupado, fue lo primero que pensó al leer las preguntas. *Hasta un tonto podría sacarlo*, se dijo mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción.

Se encontraba contestando al tercer enunciado cuando oyó una voz que la hizo estremecerse. Dejó de escribir y miró a su alrededor, como un explorador que inspecciona un territorio virgen. Sus compañeros estaban sentados en los pupitres anexos, con la cabeza gacha, leyendo con actitud incierta los interrogantes del examen.

De nuevo, posó sus ojos sobre la hoja de papel y se dio cuenta de que los caracteres se estaban diluyendo hasta fundirse con la tonalidad blanquecina del folio.

Su semblante se contrajo y una película de sudor le perló la frente. Y fue entonces cuando empezó a escuchar voces en su cabeza. Al principio eran casi inapreciables, pero conforme fueron transcurriendo los segundos, se volvieron más nítidas. Tras unos minutos, las oía con claridad: *tramposa, tramposa, tramposa*, le decían. Y era incapaz de concentrarse. Entornó los párpados, tomó aire y contó hasta tres. La ropa se le adhería al cuerpo. *¿Es que nadie lo escucha?*, se preguntó.

Con la respiración aún jadeante, sintió que le temblaba todo el cuerpo. Trató de taparse los oídos con las palmas de las manos, pero las voces continuaban retumbando en el interior de su mente, como un mosquito que no cesa de zumbiar junto a su oreja: *tramposa, tramposa, tramposa*.

Enseguida los conocimientos que había adquirido en las últimas semanas se fueron borrando de su mente a una velocidad frenética. Su cerebro parecía un disco duro que estaba siendo formateado. La información salía a borbotones de su cabeza. Todo lo que había estudiado, asimilado, oído o visto se estaba volatilizando.

—Quedan veinte minutos —dijo el profesor desde el otro extremo del aula.

Julia miró los enunciados aterrada. Apenas había respondido a un par de preguntas y un reguero de sangre comenzó a brotar por su nariz.